

Hernán Anlló

## Homouseos

Primer premio Octavo Concurso Literario Gramma

Parece que todas las cosas grandes, para inscribirse en el corazón de la humanidad con sus exigencias eternas, tienen que vagar antes sobre la tierra cual monstruosas y tremebundas figuras grotescas...

—FRIEDRICH NIETZSCHE

¿No estás asustado? Deberías. Me agrada tu expresión de sorpresa. Pero para alguien tan probo en las ciencias del espíritu, mi actitud no debería ser motivo de sobresalto. Antropología, ¿verdad? Tal vez sea eso. Supongo que si tu abultado expediente revelara la actividad intelectual de un filósofo o de un brujo escucharías mis palabras casi sin alterarte. ¿Aún no lo has entendido? Disculpa si me extraña. Supongo que mi deber ha de ser explicártelo. Explicártelo todo. Sólo espero que después no te arrepientas... Podemos empezar por donde gustes, pues la absoluta totalidad del universo se halla involucrada, de alguna o de todas las formas. ¿Alguna vez te has preguntado por qué no somos inmortales? No, no, por favor, no vayas ni por un instante a suponer que estoy comprometiéndote a escuchar otro gastado discurso existencial. Si tan sólo se tratara de eso no habría de qué preocuparse. Después de todo, Epicuro decía que la muerte es un mal que poco vale la pena investigar, que basta su sola presencia para que nuestra vida desaparezca sin dejar rastros y, junto con ella, nuestra absoluta capacidad cognoscitiva. En palabras más adecuadas para nuestro tiempo, preocuparse por la muerte sería casi como preocuparse por si la luz del refrigerador se mantiene encendida tan pronto como cerramos la puerta de éste... Pero bien, no quiero distraerme. Te preguntaba si alguna vez has sentido curiosidad respecto de la mortalidad del hombre. Por supuesto, todos la sentimos alguna vez cuando menos, algunos hasta diariamente. El

hecho es, mi estimado amigo, que he venido a descubrir que, lejos de ser mortales, pertenecemos ineluctablemente a la eternidad. Claro, no retenemos nuestra identidad; pero pronto entenderás que eso es poco importante. Sucede, compañero, que la religión y la filosofía tenían ambas razón. Ambas estaban igualmente en lo cierto: el campo del acontecer es un único espacio continuo impulsado por fuerzas que le son inmanentes. Entiendo; astuta pregunta, pero algo maliciosa: podrás imaginar que yo tampoco sé qué fuerzas son el motor de la esencia del universo, pero te propongo que las llamemos *logos*, como tenían por costumbre hacerlo los antiguos griegos, aunque tal vez pienses que hacerlo no sea más que escapar a la responsabilidad de contrastar mi relato o brindarle consistencia. Refugiarme en lo abstracto no es una salida cómoda, como tal vez puedas pensar, es más bien un proceso necesario. Lo entenderías si... ¿alguna vez has oído hablar del *pragna*? Es este estado de meditación absolutamente alejado de la realidad consciente en el que... Ah, no importa. Es vital que no pierda el foco de mi relato, tal vez en otro momento o en otra vida podamos discutir acerca de los métodos que utilicé en mi investigación, pero definitivamente, no ahora. Entonces, hablábamos del *logos*. Decía yo que el *logos* es aquella fuerza que lo moviliza todo. No, no es el Primer Motor de Aquino, ni el Dios de San Agustín, pero es un concepto que los involucra a ambos, unificándolos. ¿Sabías que en los mitos africanos acerca de la creación del mundo los dioses se sacrifican a sí mismos para generar el comienzo del ciclo de la vida? Tonto de mí, por supuesto que lo sabías. Pues por absurdo que parezca, esto es absolutamente cierto, con la única diferencia de que no eran dioses, sino diferentes reflejos del *logos*, que

se reciclaba para originar nuestro mundo y todo lo demás. ¿Qué? No, no pretendas racionalidad. La razón es un arte caduco. Creo poder afirmar, sin temor a equivocarme, que ya a partir del siglo XIX sobran pensadores que concuerden conmigo. Si meditas sobre ello unos instantes, podrás entender que la razón es una herramienta inútil y oxidada. Pregúntale a Nietzsche. La razón es un traje que otrora fue hecho a la medida de la humanidad, pero que, hoy en día, dista de vestirla tan bien como en los tiempos de la Ilustración. El ser humano sabe que su percepción del universo es limitada, y la razón es, en sí misma, el símbolo de aquella limitación. Después de todo, ¿no crees que el hombre es algo pretencioso al afirmar que aquello que no se ajusta a sus reducidas facultades cognoscitivas no existe en la realidad? Hegel pretendía eso. Pero qué más se podría esperar de alguien que piensa que la razón es el motor de la historia. Cierto. Pero aún siendo moderados, tal y como lo propones, no hacemos más que limitarnos. Reducir la razón a un elemento cuya función sea meramente la de un artefacto de comprobación empírica tampoco puede conducirnos a las conclusiones osadas que el género humano necesita para comprender esta verdad con la que me he topado. La razón debe ser desterrada, con la mayor de las energías. Aunque el viejo Hegel se oponga, es el *logos* quien mueve la historia, y no la razón. La razón es un velo. En palabras de Goethe, son las pasivas cadenas que nos hemos impuesto en el colmo de nuestra estrechez mental. ¿Qué es el *logos*? Tal vez la esencia divina, tal vez la energía que ha originado nuestro universo, tal vez ninguna de esas o todas ellas unificadas como una única cosa... De todas maneras, el punto no es qué es el *logos*, sino que el *logos* se encuentra aún presente en los cimientos de la creación. Hasta los Padres de la Santa Iglesia veían este hecho como una proposición innegable. Y si realmente estamos dispuestos a asumir la limitación humana, supongo que concordarás conmigo en que debemos conformarnos con palpar el *logos* más que comprenderlo, porque esta última actividad nos resultaría por demás imposible. ¿Qué provecho nos daría palpar el *logos*? Pues, ¿qué provecho encontrarías en tocar el mismísimo rostro

de Dios? Supongo que no te atreverías a cuestionar la trascendencia de ese hecho, y es justamente de eso de lo que estoy hablando. No sé si a esta altura de la velada sospechas ya para qué te he traído aquí. ¿No? Paciencia entonces, pronto será obvio. ¿Qué piensas de aquella teoría que reza que el tiempo no es más que una ilusión? Sí, yo tampoco la comparto. Sin embargo, estoy seguro de que mis reservas al respecto son distintas de las tuyas. Porque para mí el tiempo sí es ficticio, mas no una ilusión, sino un artefacto construido por los hombres. Las barreras del tiempo se adecuan más a las necesidades vanas de los que ignominiosamente buscan contabilizar aquello que es etéreo y subjetivo que al fluir único y verdadero de eso que es, en realidad, un único instante que nos acompaña desde el nacimiento de la unidad absoluta. Los minutos, las horas y los días no son más que estructuras que a duras penas sirven para señalar con cierta exactitud los solsticios y los equinoccios. El verdadero tiempo no es más que un solo segundo prolongado hasta lo último de su flexibilidad, profundamente subjetivo en las personas, los objetos y el espacio mismo. Llamémoslo, si te parece, *momento* en lugar de tiempo. ¿Conociste alguna vez a alguien que no aparentara ni siquiera lejanamente su edad? ¿Es esto posible estando bajo los rigurosos efectos de este supuesto sistema uniforme e imparcial al que lospreciados científicos de la humanidad llaman tiempo? Y no me vengas con argumentos científicistas, porque sabes tan bien como yo que la ciencia no logra explicar el porqué del envejecimiento desparejo entre los diferentes sujetos, ni qué hablar del envejecimiento del alma... Sí, exactamente, eso es lo que dije. Es en el alma que está la clave. Es nuestra existencia en el *momento* la que condiciona nuestro envejecimiento, y ésta a su vez depende exclusivamente del estado del vínculo consciente con la materia del alma. Y aquí Epicuro sí cometió un error. Él juzgaba que el alma era un elemento tan físico como el corazón o el páncreas, y este concepto está totalmente errado. El alma es nuestro vínculo al *momento*, y éste a su vez es la esencia misma del *logos*. *Logos* y *momento* son en verdad una misma unidad. ¿Recuerdas aquel viejo versículo del Evangelio de San Juan? «En el principio,

era el Verbo...» Supongo que no necesito citarlo. Él lo explica allí con suma claridad. Pues bien, todo lo existente, en la multitud de dimensiones y planos, se halla indefectiblemente conectado por su unión al *logos* y su existencia perpetua en un único momento. ¿Lo dudas? ¿No conoces acaso las bases del pensamiento hermético? Porque Pitágoras aprendió todo lo que sabía de su estadía con los hermetistas, en Egipto. Los hermetistas eran una sociedad secreta, tan real como los masones o los cruzados de la Orden del Templo, pero mucho más importante que cualquiera de ellas. Ellos conocían el secreto de la Llave de Osiris, aquel número mágico identificado por ese jeroglífico similar a un crucifijo que se torna ovalado en su eje superior. Ese número era un patrón repetido en todo objeto existente, como clave arquitectónica, como sello del creador, o si quieres, de la fuerza creadora. ¿Crees que me equivoco? Durante años los matemáticos pensaron que los hallazgos del círculo de Hermes Trimegisto no eran más que fatuas deliberaciones de bárbaros sin tecnología; pero sus prejuicios cayeron uno a uno con el minucioso examen del número  $\phi$ . Así como los números  $\pi$  y  $\epsilon$ , el número  $\phi$  demuestra ser un número abstracto presente en las bases de la matemática. Lo sorprendente es que el número  $\phi$  parece responder, ante la mirada absorta de numerólogos y especialistas, a las características del viejo número hermético, y por si esto fuera poco, encuentra su correspondencia en el seno de la cábala hebrea. Y es aquí donde la noción de alma cobra su verdadera importancia. ¿Sabías que para los hebreos sí existe la reencarnación? Eso los acerca al pensamiento oriental mucho más de lo que la mayoría de los analistas occidentales gustarían admitir. Es lo que ellos llaman *gilgul haneshamot*, que traducido escuetamente viene a significar algo así como «la rueda de las almas». Si te recuerda a la rueda de las Parcas griegas no es por coincidencia; hay una buena chance de que ésta haya derivado de la anciana rueda del destino acerca de la cual los cabalistas se cansaron de deliberar... Pero, volviendo a nuestro análisis, te decía que los hebreos también contemplaban la reencarnación como un posible destino del ser. Para ellos, toda alma se divide en cinco partes,

pero es sólo una, la principal, la que se separa del cuerpo en el momento de la muerte física. Este trozo de alma recorrerá mundos paralelos repletos de fantásticas criaturas sobrenaturales cuya sola visión enloquecería al más centrado de los vivos, hasta retornar en la forma de un ser mineral o vegetal, o tal vez animal, o incluso humano una vez más. El punto es, mi estimado camarada, que si a esto sumamos que los hebreos creen en un fin de los tiempos, no creen así en un cese del momento, que se prolonga asociado a la divinidad eternamente. En otras palabras, la rueda no desaparece, sólo se detiene y se desarma. ¿Y qué sucede entonces con las almas? ¿Hablamos de una existencia superpuesta de las distintas personalidades que un alma haya asumido a lo largo de sus múltiples reencarnaciones? ¿Es posible que un alma ocupe más de un cuerpo a la vez? Sí. No sólo es posible sino necesario, pues allí se encuentra la finalidad del universo. Y la única manera en la que esto es posible es volviendo de lleno a la esencia más pura del *logos*, volver al *logos*, a su mismísimo cuerpo eterno, ser el *logos*... Muy bien, veo por tu mirada que ya empiezas a entender. ¿Qué ocurre? ¿Ahora sí estás asustándote? No te preocupes, yo también estoy aterrado. Aterrado más que nada porque al ser todo esto cierto, ya estamos sin saberlo viviendo esa etapa de incorporación al seno del universo. El momento es único, de modo que ya ahora y desde siempre formamos uno con Él. Es por eso que morimos. Una y otra vez. De hecho, según los hebreos, cuatro veces. ¿Nunca te has preguntado por qué te sucede lo que te sucede cada vez que sales a la calle o bebes una taza de té? Dejar la respuesta de esa pregunta a la teoría del caos es tan cómodo como conveniente. Al final de tus cuatro vidas, te han sucedido tantas cosas buenas como cosas malas. Anubis ha pesado tu alma cada vez, y está seguro de ello. En otras palabras, no has cambiado, no has alterado el equilibrio del *logos*, porque eres el *logos*, puro e inalterable, y aquello que tú y yo entendemos como vida no es más que un reflejo efímero e ilusorio, porque nuestra verdadera esencia sigue justo donde la dejamos antes de comenzareste onírico periplo. Cuando se te acabe la cuarta vida, o mejor dicho, cuando despiertes por cuarta

y última vez, tomarás conciencia de tu presencia en la eternidad, es decir, en el seno de la energía creadora, que permanece tan pristina como antes de que todos nosotros fantaseáramos con suceder. Posiblemente no recuerdes ni remotamente quién eres o tengas conciencia alguna, o mejor dicho, tengas la conciencia *toda*, del todo universal. ¿Lo ves? Ahí está tu eternidad. Tu alma está sellada con el Número de Osiris, justo como todo lo demás. Porque todos somos todo, o lo fuimos, o con seguridad lo seremos. No, no me grites. Sabes perfectamente que no estoy demente. La razón por la cual tu cara se ha desfigurado de miedo no es precisamente mi locura, sino mi absoluta cordura. Y porque sientes, en el fondo de tu ser, que acabo de confrontarte con la verdad. La Verdad. Única e irrevocable, esa que nos estaba vedada como hombres. Pero es que ya no somos hombres. No a partir del momento en que caímos en la cuenta de cómo funciona todo esto. ¿Esos seres? No, no son producto de tu imagina-

ción. Son ángeles, o espíritus, o como quieras llamarlos. Será mejor que te acostumbres a verlos, porque a partir de ahora los verás en todas partes. Espera a ver los otros Cuatro Mundos superpuestos al nuestro... Será mejor que conserves la mente abierta, porque ya todo ha cambiado para ti. Ahora serénate. No querrás morir tan pronto. Siéntete privilegiado, pues muchos querrían estar en tu lugar. ¡Ni siquiera Gilgamesh pudo gozar la Llave del Trono como tú y yo lo estamos haciendo ahora! ¡Ésta es la gloria de los Padres!